

RECENSIONES

CONSEJO DE EUROPA. *Les relations entre l'Est et l'Ouest. Une politique commune pour l'Europe*. Estrasburgo, 1956, 251 páginas.

La política exterior en el mundo post-bélico se ha dividido en tres fases: 1.^a De la Conferencia de Potsdam a la Conferencia de Londres de 1947. 2.^a De esta reunión a la muerte de Stalin. 3.^a La nueva actuación del Gobierno de los sucesores del dictador rojo, cuyas características son: un relajamiento de la tensión política y una renovación de las tendencias nacionalistas, y la importancia concedida al factor económico. Así lo ha estimado Sir Roger Makins (en *The World Since the War: the Third Phase, "Foreign Affairs"*, octubre 1954). Con una particularidad: la palabra de orden correspondiente al período actual es *vigilancia*.

Y nada más representativo de esta última apreciación que los debates desarrollados en la Asamblea del Consejo de Europa, en 1955, sobre las relaciones Este-Oeste.

Tales discusiones eran prologadas por un Informe presentado por François de Menthon, en nombre de la Comisión de los Asuntos Generales de la Asamblea —de la que es presidente—. El primer debate —el del mes de julio— tuvo un carácter introductorio. El segundo, celebrado en octubre, concluyó con la adopción de una resolución referente a una política común de Europa en las futuras conferencias Este-Oeste.

Por otra parte, el Consejo de Ministros llegó, en su sesión del 13 de diciembre, a una Resolución haciendo suya la política elaborada por la Asamblea.

Y la publicación que registramos aquí contiene la documentación relativa a esos perfiles. Efectivamente. En su primera parte recoge las dos Resoluciones adoptadas por el Comité de Ministros y por la Asamblea Consultiva. En su parte segunda se consignan los *documentos de sesión* —es

decir, los dos Informes de la Comisión, de julio y de octubre; el proyecto de Resolución presentado por la Comisión y los dos documentos preparatorios—. En la tercera parte figura el "compte-rendu" *in extenso* de los debates de julio y de octubre. El detalle de los votos emitidos por la Asamblea respecto a la Resolución es objeto de una última sección, a la que se ha añadido, en anexo, un análisis de los argumentos expuestos durante la discusión del proyecto de Resolución en la Comisión y en la Asamblea.

* * *

En resumen, según el Informe introductorio de M. Menthon, el problema de la paz se concreta en tres elementos: *el restablecimiento de la unidad alemana; la seguridad europea*, elemento esencial de la seguridad mundial; y *el desarme*.

¿Cómo situar tales exigencias dentro del marco de las nuevas tácticas políticas de la era poststaliniana?

Primeramente, anotemos que, a consecuencia de ideas expuestas por el profesor Starlinger, de Königsberg (que ha pasado algunos años en los campos de concentración rusos) —en un libro titulado *Grenzen der Sowjetmacht (Los límites de la potencia soviética)*—, se ha reflexionado frecuentemente sobre esta evidencia: China, con sus seiscientos millones de habitantes, tiene un excedente de nacimientos de veinte millones anuales (según las estadísticas de las N. U., la población china se cifra en 583 millones). Estas masas humanas no pueden encontrar sitio en los territorios del Sur y Sureste asiático, igualmente superpoblados. Ellas ejercen una *poussée* hacia el Oeste y el Noroeste: han inundado ya la Manchuria y presionan sobre el flan-

co oriental del Imperio ruso-siberiano. Tal presión aumentará a medida que China se organice en las esferas económica y militar. Rusia parece sentir ya esta fuerza, que no se mostrará con caracteres agudos hasta dentro de quince o veinte años. Y los asuntos del Tibet, del Sinkiang y de Manchuria nos llevan a la siguiente afirmación: Rusia se ha *batido* en retirada en estas zonas menos por afinidad ideológica con el sistema dominante en los parajes chinos que por un sentido objetivo de las realidades políticas.

Al lado de esta compresión del Este, la Unión Soviética parece aumentar la del Oeste, viéndose obligada a reconocer que, en este extremo, la intransigencia de la política de Stalin provocó el rearme y la reagrupación de los elementos occidentales.

De acuerdo con esta tesis, la consecuencia lógica es señalar que la U. R. S. S. deberá reaccionar intentando la debilitación o la eliminación de esa doble presión.

* * *

Pues bien; en una faceta parcial de este problema, no olvidemos que uno de los objetivos de la política de *détente* soviética es la neutralización de Europa. Bien claramente lo expresaba el mariscal Bulganin ante el Soviet Supremo de la URSS. el 4 de agosto de 1955.

Contra ello han reaccionado los *europeístas*. Un pueblo pequeño como Austria —se ha dicho— puede permanecer neutral, siempre a condición de que sus vecinos no vivan en una *neutralidad similar*. La neutralización de Alemania —aun cuando no se tratase más que de una neutralización militar— conduciría inevitablemente a una neutralización total. Y, con una frase lapidaria de Robert Schuman, la neutralización de Alemania sería la neutralización de Europa. Y la neutralización europea sería verdaderamente el fin del continente. Ello significaría, además, para el Occidente entero, una derrota de un alcance inmenso y, sin duda, definitivo. Tal resultado daría a Rusia las *ventajas de la guerra sin guerra*. (Incluso se ha advertido que la conclusión del Tratado de seguridad colectiva propuesto en Ginebra por los rusos implicaría la garantía del *statu quo* en Europa, consagrando la división de Alemania hasta la segunda fase prevista y manteniendo para siempre la situación en

la Europa Oriental, al ser cosignatarios los Gobiernos actuales.)

Sin embargo, en Europa ha hallado favor la creación de una *zona de tensiones reducida* a los dos lados de la línea Oder-Neise. Tal región no estaría enteramente desmilitarizada, pero a los dos lados de la línea los efectivos militares serían considerablemente limitados y estacionados en lugares fijados de común acuerdo. (Recuérdese la propuesta de Eden en favor de la conclusión de un nuevo Locarno.) Ahora bien; el establecimiento de tal zona debería estar ligado a la reducción progresiva de los armamentos sobre el plano mundial, a fin de evitar que esa desmilitarización condujese a una neutralización de hecho de Europa, rodeada de potencias universales armándose continuamente

* * *

Surge el problema del protagonismo de nuestro continente. “Una Europa unida, convertida en la tercera potencia mundial, al nivel de los Estados Unidos y la Unión Soviética”: he ahí el pensamiento de Mlle. Klompé, de los Países Bajos.

Pero no se olvide una evidencia, puesta de relieve por M. de Menthon: la Europa deformada, mutilada, cortada en dos, descuartizada, de hoy, no es Europa, no es más que una fracción. Y en el núcleo de la cuestión está la división de Alemania. Pues, en palabras de Becker, de la República Federal alemana, “la división de Alemania es, al mismo tiempo, una división de Europa”. He aquí la razón: “El telón de acero que pasa por el corazón de Alemania, pasa igualmente por el corazón de Europa; pues no olvidemos jamás a Polonia, a Hungría, a Rumania, a Checoslovaquia, a Bulgaria y a otros pueblos del Este europeo que todavía forman parte de Europa”. De manera que las negociaciones sobre la reunificación de Alemania deben conducir automáticamente, en el criterio del citado Becker, a negociar sobre los problemas del Este europeo que dependen directamente de él. *Una paz duradera debe llevar a la reunificación de Alemania*, pero también a la reunificación de Europa —se entiende que por etapas—.

No importa que, como ha dicho Macmillan, Europa tenga aún, a despecho de las divisiones ideológicas y de la presión de las políticas de potencia, una unidad histórica indestructible. Pero no menos

realidad es, siguiendo en esto a Pinay, que "para nosotros, Europa no constituye una fórmula al uso de los tiempos de crisis".

En todo caso, se ha hablado de crisis del Consejo de Europa. Mas ésta no puede superarse solamente por modificaciones formales de sus órganos o de sus métodos de trabajo. Una organización internacional viene a ser lo que son los Gobiernos adheridos, ni más ni menos (posición de Lange, de Noruega).

* * *

Lo evidente es que canden las expresiones pesimistas acerca de la trayectoria de nuestro continente (*L'Europe, petit cap de l'Asie, L'Europa alla deriva?*, etc., etcétera). Para Thierry Maulnier, *Europa está todavía por crear...*

Hay que saber actuar racionalmente. Una cosa es real: *Les temps actuels ne sont pas aux demi-mesures*, como indica la Declaración de Unidad Atlántica de octubre de 1954. Un gran jurista alemán del siglo pasado, Jhering, ha dicho que sin poder de imaginación no habría juristas. Podríamos aplicar esta fórmula al terreno de la política y sostener que sin imaginación no se es un hombre político. Pero parece que, hasta el presente, los occidentales han pecado por defecto de imaginación, por defecto de fuerza creadora. Claridad de ideas, unidad de fines, sentido de la responsabilidad: he ahí lo que es preciso al Occidente para llegar a resultados.

"Coexistamos con el comunismo, pero continuemos armados contra él": orientación expuesta por M. Caetano, ministro lusitano de la Presidencia, en el mes de abril. (Siguiendo el pensamiento de Oli-

veira Salazar: "Derrotar al comunismo en el interior de las fronteras; coexistir con él en la sociedad internacional".) ¡Buen tema para la meditación... y para la discusión y la discrepancia!

Sepamos ver lo que ello supone. Se habla mucho de coexistencia. Pero recuérdese que, en la historia, buen número de sistemas han existido unos al lado de otros. En nuestra hora, se trata de algo más profundo. No se trata solamente de la seguridad; no se trata solamente de la defensa; no se trata solamente del desarme. Se trata de las bases puras y simples de la paz. Una paz que es don de Dios, pero que es preciso *ganarla*. Aquí viene el papel del espíritu, de la voluntad, de la energía y del sentido de responsabilidad de los políticos. No olvidando, empero, que por pacífico que sea nuestro espíritu no debemos nunca apartarnos de nuestros principios, esos principios del humanismo cristiano, base de la existencia europea.

¡Que el Occidente —y singularmente Europa— sepa situar en su justo lugar las sonrisas, los ofrecimientos comerciales y los halagos políticos y culturales de los dirigentes de la nueva fase de la política rusa!

A este fin iban encaminadas todas las declaraciones explayadas en las sesiones del Consejo de Europa recogidas en esta publicación, cuya lectura recomendamos, lo mismo a los preocupados que a los no preocupados por las cuestiones del continente europeo. Su fruto es seguro. Muchas de las anotaciones precedentes —extraídas, sistemáticamente, de este volumen— ofrecen un testimonio nítido y objetivo...

LEANDRO RUBIO GARCIA

NICHOLAS KÁLLAY: *Hungarian premier, a personal account of a nation's struggle in the second world war*. Columbia University Press. New York, 1955. 555 págs.

En la gran serie de memorias editadas después de la segunda guerra mundial, el libro del señor Kállay, primer ministro de Hungría en el período de 1942-44, merece lugar destacado. Es la historia de una pequeña nación, resueltamente opuesta a la guerra, que, sin embargo, debido a su situación geopolítica, no pudo eludir el tornado que se cernía sobre su cabeza como resultado del choque entre fuerzas mundiales, y sucumbió a la catástrofe que su Gobierno preveía sin poder detener

por sus propias fuerzas lo fatalmente inevitable.

El señor Kállay fué nombrado por el regente Horthy primer ministro en la primavera de 1942, cuando el poderío de la Alemania nazi estaba en todo su apogeo. Su misión secreta era facilitar la salida de Hungría de la guerra y preparar una paz separada con los aliados. El relato de los denodados esfuerzos que hizo para oponerse a las exigencias cada vez mayores del Reich, en el campo de la coope-

ración económica y militar, hacer frente a las presiones tendentes a implantar los métodos nazis de persecución de los judíos y mantener los principios liberales tradicionales húngaros en medio de todas las amenazas, es un ejemplo sin par en la historia del continente, bajo la égida de Hitler. Hasta 1944 Hungría, aunque ligada al Eje, era, por así decirlo, como una isla en la Europa Central, donde se detenían las olas del totalitarismo, continuando ella con toda normalidad su vida pública, parlamentaria y económica. Las teorías ideológicas del fascismo y nazismo no fueron admitidas en la política interior, y no hubo país neutral que pudiera emular con Hungría en punto a caballerosidad en el trato que dispensó a los refugiados y perseguidos del hitlerismo. Más de 200.000 fugitivos polacos, judíos y de otras naciones, deben su vida a la acogida hospitalaria que encontraron en Hungría bajo el régimen de Kállay.

Después de la derrota en Voronezh del cuerpo de ejército húngaro, que su predecesor había puesto a disposición de los alemanes, Kállay consiguió el alejamiento de las líneas de combate del reducido contingente de tropas húngaras e hizo lo posible para convencer a los aliados de sus intenciones pacíficas. Habiendo fracasado en su tentativa de persuadir a Mussolini para llevar a cabo una acción separada, no vaciló en entablar contactos directos con los adversarios a fin de llegar a una paz honrosa.

El capítulo más interesante del libro es el relato de las negociaciones secretas entabladas con los aliados, por mediación de emisarios, en Suiza, Lisboa y Constantinopla, para pedir un armisticio. La rígida fórmula de la "rendición incondicional" fué un obstáculo insoslayable, pero la dificultad principal la constituyó en todo momento la ceguera política y la terca desconfianza de los adversarios. Es un hecho sintomático el que los ingleses no se fiasen por mucho tiempo de las intenciones sinceras de Kállay y Horthy y prefiriesen provocar sabotajes y movimientos subversivos, cuando el mismo Gobierno del país estaba dispuesto a negociar la paz.

Para las negociaciones en Estambul delegaron, en vez de a un diplomático o militar profesional, a un renegado húngaro, agente del "Secret Service" y espía de los

rusos, según le constaba a Kállay. Se llegó, finalmente, a un acuerdo secreto, estipulándose la rendición de Hungría a los anglosajones para el momento en que las tropas de éstos llegasen a territorio húngaro. Este acuerdo no llegó nunca a ser puesto en vigor, ya que en el ínterin los aliados habían sacrificado, en Teherán, a Hungría y a los demás países de Europa Central al imperialismo soviético.

Si hubiera prevalecido el criterio de Churchill de desembarcar en los Balcanes —el talón de Aquiles de Europa— el armisticio separado, preparado por Kállay, a más de salvar a Hungría, habría detenido la invasión rusa en esta parte vital del Continente. En la cruda realidad de los acontecimientos, las gestiones de Kállay sólo sirvieron para provocar la represión de Hitler, que, el 19 de marzo de 1944, preparó una trampa, invitando al regente Horthy a Berchtesgaden y mandando en su ausencia al ejército alemán del mariscal Weichs para que se apoderase de Budapest. Una resistencia abierta hubiera sido una locura, ya que las tropas húngaras se hallaban dispersadas por Ucrania y la frontera oriental. Y es así como fué instalado un Gobierno más dócil y obediente, teniendo Kállay que refugiarse en la Legación de Turquía, para ser más tarde internado por los alemanes en Dachau, de donde fué liberado al final de la guerra por los americanos.

Aunque detractor decidido y valiente de las barbaridades del hitlerismo y amigo del Oeste, Kállay no incurrió nunca en el error de los aliados occidentales de considerar a los rusos como iguales, y al comunismo como una subespecie de demagogia. Ambos, Kállay y Horthy, con toda su simpatía para los anglosajones, dieron muestras de perspicacia al reconocer a tiempo el peligro de la expansión soviética. El objetivo de sus sondeos hacia los anglosajones, fué justamente el deseo de salvaguardar para el Occidente a Hungría y a toda esa parte de Europa, que más tarde, frustrados sus esfuerzos, habían de ser presa fácil de la Unión Soviética. De haber encontrado un decidido apoyo sus tentativas de paz, el telón de acero, en vez de hallarse a las puertas de Viena, hoy día estaría en los vértices de los Cárpatos. El que no haya ocurrido así, no es culpa, ciertamente, de los estadistas húngaros.

Pocos meses después de la malograda gestión de Kállay los rusos rebasaron las fronteras de Hungría, y el regente Horthy se vió en la necesidad de proclamar su rendición en octubre de 1945. Una nueva intervención del Reich eliminó al regente, que fué deportado a Baviera, convirtiéndose el desdichado país en campo de batalla entre nazis y comunistas.

El libro de Kállay arroja, por primera vez, reveladora luz sobre este capítulo de la historia de la guerra hasta ahora completamente desconocido, o malévolamente interpretado por el público occidental. Contiene numerosos textos inéditos, que aclaran certeramente el papel de Hungría en la contienda mundial.

En resumen, el libro de Kállay suministra la prueba de que una independencia de voluntad y acción no existe de verdad para pueblos pequeños, los cuales, a pesar de la clara visión de sus gobernantes, quedan condenados a la impotencia frente a fuerzas superiores que deciden de su

destino. De nada sirven la fe puesta en las ideas de una justa liquidación y el respeto de la autodeterminación de los pueblos, mientras la comunidad internacional no haga triunfar los principios de igualdad y de derecho que son los únicos que pueden garantizar la existencia y libertad de todos los pueblos.

Después del merecido eco que ha encontrado en la prensa anglosajona —cuyos órganos más destacados lo señalaron como una revelación—, el libro del Presidente Kállay contará también, a no dudarlo, con la simpática atención del público español e hispanoamericano, que, por haber sido neutrales, tanto más llamados están a juzgar con objetividad la tragedia de una nación independiente, cuya única culpa fué adherirse a ideales que fueron luego traicionados por aquellos mismos que se habían erigido en sus paladines durante la conflagración.

Francisco MAROSY

